

TIEMPOS VIOLENTOS: LA POLARIZADA DÉCADA DE 1930 EN EL PERÚ

Emilio Candela Jiménez¹

El presente ensayo versará sobre la nueva realidad política, económica y social instalada en el Perú en los años treinta del siglo XX. El célebre Jorge Basadre afirmó hace varias décadas que estos fueron los años del tercer militarismo, además de ser el periodo de irrupción de las masas organizadas en la política². En ese sentido, esta década estará marcada por una creciente violencia política, originada por el enfrentamiento entre un nuevo actor político, el Partido Aprista, y la Fuerza Armada; gestándose una de las etapas más críticas y polarizadas de nuestra historia republicana³.

Por ello, nuestro ensayo tendrá como objetivo de fondo analizar y examinar cuáles fueron los principales factores que influyeron en la construcción de este singular escenario, para lo cual nos referiremos a hechos de carácter político, ideológico, económico y social. De esa manera, intentaremos ahondar en la configuración de una década esencial para la historia contemporánea del Perú, ya que muchos de los problemas políticos y económicos de años posteriores tuvieron su origen en esta etapa tan turbulenta, como el enfrentamiento APRA-Ejército, la presencia de militares en la política, la aplicación de medidas económicas de corte populista, etc.

Además de la propia coyuntura interna, otro factor determinante del carácter de esta década será el contexto internacional. Los años treinta fueron los que incubaron las tensiones y cambios políticos, que finalmente desembocaron en la segunda guerra mundial. Hechos como el ascenso de los nazis al poder, los frentes populares en el mundo comunista y la guerra civil española influyeron fuertemente en la política peruana y sus principales actores, contribuyendo en generar esa atmósfera polarizada y violenta que marcó un hito en nuestra historia contemporánea.

¹ Pontificia Universidad Católica del Perú.

² Basadre 2005.

³ Masterson 2001: 55-92.

En base a estos puntos dividiremos el presente ensayo en tres secciones, las cuales nos permitirán dar un buen pincelazo a esta década tan profusa en sucesos sangrientos, en la que el miedo y la violencia fueron las notas distintivas. La primera sección se referirá a los caudillos que marcaron esta década, es decir, Sánchez Cerro y Haya de la Torre, como las figuras estelares que dieron inicio a una nueva manera de ver la política en el Perú. En ese desarrollo, lo fundamental será entender por qué su presencia y accionar fueron el factor esencial para generar una atmósfera tan polarizada y violenta.

Luego, la segunda sección tratará de la violencia desplegada a lo largo de estos años, detallando cómo se instaló un escenario de guerra civil, reflejado en los atentados y crímenes políticos producidos en diferentes partes del país. De ese modo, esta reflexión sobre la violencia de los años treinta nos permitirá comprender de mejor manera el carácter de las luchas políticas en el siglo XX, sobre todo porque más adelante tendremos nuevamente una década marcada por la violencia, cuando en los años ochenta se desate el fenómeno del terrorismo.

La tercera sección se abocará a describir y explicar el tipo de políticas económicas y sociales aplicadas, las cuales tuvieron una fuerte influencia del fenómeno populista latinoamericano vigente en estos mismos años. Así, podremos notar cómo el populismo fue una política desarrollada en el Perú desde los años treinta, y no desde los años cincuenta como sugieren diversos investigadores y académicos. Este populismo deberá entenderse, en buena medida, como parte de la estrategia de los gobiernos de esa década para neutralizar a sus enemigos políticos y atenuar la violencia.

1) El retorno de los caudillos mesiánicos

Murió como vivió. Pobre Sánchez Cerro. Dramático y violento, sensual e incomprensivo, duro y brutal, en su camino halló la muerte como halló la presidencia: por una casualidad pintoresca y dolorosa.⁴

Durante todo el siglo XIX la vida política del Perú estuvo dominada por los llamados caudillos. Estos personajes se caracterizaron por

⁴ More 1933: 61.

ejercer un poder político basado en su carisma personal, y en las relaciones clientelares que establecían con los sectores populares. Desde nuestro nacimiento como República, pasando por las décadas centrales del siglo XIX, hasta la infausta guerra con Chile y la posterior etapa de la reconstrucción; estas figuras fueron las que marcaron el devenir político, originando intensas luchas, conflictos y guerras civiles que no ayudaron en nada a una consolidación de nuestra naciente república.

Nombres como los de Agustín Gamarra, Felipe Santiago Salaverry, Ramón Castilla, Andrés Avelino Cáceres y Nicolás de Piérola, por mencionar a los más conocidos, son los más representativos de este tipo político tan característico de Latinoamérica. De alguna manera, su presencia continua en la política era entendible en una etapa inicial sin la presencia de partidos que pudieran servir de canales de comunicación entre la población y los gobernantes. En esa línea, la política era muy personalista, basándose sobre todo en quién tenía el apoyo de los Ejércitos, convirtiéndose así en el caudillo que lograba imponer su autoridad, aunque fuese por un corto período de tiempo.

Ya el mencionado Jorge Basadre, en su magistral obra *Perú: problema y posibilidad*, nos había dejado una interesante descripción de las principales características de estos caudillos. Se refería a seis cualidades básicas en estos personajes: su intensidad de vida, su audacia, su astucia, su tenacidad, sus condiciones estratégicas y de valor militar, y su patriotismo⁵. De esa manera, los caudillos predominaron en la historia peruana en dos coyunturas muy marcadas: después de las guerras de independencia y en la etapa posterior a la guerra del Pacífico; es decir, después de una victoria y derrota militar respectivamente.

Los últimos caudillos del siglo XIX, Cáceres y Piérola, se enfrentaron hacia fines de esa centuria, dando inicio a una etapa más pacífica y estable en nuestra política conocida como la República Aristocrática. Durante veinte años, la oligarquía ejerció directamente el poder a través de los gobiernos del Partido Civil, la organización política más importante a inicios del siglo XX, con lo cual los míticos caudillos parecían ya ser parte del pasado. Podría decirse que el Perú había superado esa etapa tan convulsionada, y, ayudados por un notorio crecimiento de las exportaciones, se encaminaba a lograr un progreso continuo de

⁵ Basadre 1987: 36-42.

sus clases más acomodadas, aunque la mayor parte del país, la población indígena, siguiera siendo relegada y olvidada por la plutocracia gobernante.

Sin embargo, la evolución política y social en América Latina influirá en una serie de cambios que derivarán en nuevos movimientos ideológicos y líderes jóvenes, los cuales delinearán una manera distinta de hacer política. Esto fue lo que sucedió en la década de 1920, principalmente a través del movimiento estudiantil de reforma universitaria, nacido en Argentina, pero con ramificaciones importantes en países como el Perú. Será en esta coyuntura efervescente que haga su aparición una de las figuras rutilantes de la política peruana, y uno de los caudillos mesiánicos que marcarán la violenta década del treinta: Víctor Raúl Haya de la Torre. Estos años veinte serán, también, los del oncenio de Leguía, el cual se convertirá en una etapa transicional entre la coyuntura sosegada de las primeras décadas del siglo XX, y la gran turbulencia que surgirá a partir de 1930. En cierta manera, Leguía también fue un caudillo civil, sobre todo por las adulaciones de las que fue rodeado, señalándolo como el gobernante más providencial que había tenido el Perú en toda su historia.

Sin embargo, el período que se abrió en 1930 implicó una ruptura y a la vez un retorno al pasado. Una ruptura porque la política dejó de estar circunscrita a los grandes salones aristocráticos, sin un contacto directo con la población; surgiendo un nuevo tipo de movimiento político, el partido de masas, que canalizará la creciente participación de los sectores populares. Y a pesar de esos cambios tan importantes, hay un elemento del pasado que retornará para asumir nuevamente un rol fundamental en la política: los caudillos mesiánicos.

Si en el siglo XIX tuvimos caudillos militares y civiles, el inicio de la década del treinta verá el surgimiento de dos figuras con esas características: Luis Miguel Sánchez Cerro, militar; y Víctor Raúl Haya de la Torre, civil. Lo más resaltante de este rezago decimonónico será que estos nuevos caudillos cumplirán con esas características que citamos de Basadre; es decir, una vida intensa en cuanto a hechos y proezas, con gestos épicos, discursos cargados de emotividad, gran apoyo popular y presentándose como los baluartes del verdadero patriotismo.

El caso de Sánchez Cerro tal vez sea el más emblemático de este nuevo caudillismo. Como sus antecesores, Gamarra, Santa Cruz, Sala-

verry, entre otros, la vida de ese militar piurano fue el mejor ejemplo de lo accidentado y turbulento que fue el inicio de los años treinta. El magnetismo del personaje será visible desde los primeros momentos en que irrumpió en el escenario político, concretamente tras el golpe que encabezó el 22 de agosto de 1930.

Nacido en Piura en 1889, hijo de un notario y una mujer dedicada a su hogar, Sánchez Cerro ingresó a la Escuela Militar de Chorrillos muy joven, haciendo la carrera militar desde soldado raso. Pronto destacó en varias acciones en las cuales demostraría arrojo y valentía, como durante el golpe de 1914 contra el presidente Billinghurst en el cual perdería un dedo, razón por la cual quedaría con el apodo del “mocho”. Unos años más tarde, en 1921, se levantó contra el propio Leguía, razón por la cual fue enviado al extranjero. Tras varios años en Europa, regresa en 1929, reincorporándose al Ejército y siendo destacado a Arequipa, lugar donde inicia su levantamiento. Será a partir de 1930 que este comandante se convertirá en un líder carismático y de gran arraigo popular, por una serie de razones que detallaremos a continuación y que lo emparentan con los caudillos ya mencionados del siglo XIX.

El carácter popular del apoyo que recibió este personaje se debió, sin ninguna duda, a su gesta vista como heroica al derrocar a Leguía, que llevaba once años en el poder. Fue el hecho fundamental que lo convirtió en caudillo, pues en él se vieron reflejados la audacia, la tenacidad, el arrojo y el patriotismo, para buena parte de los sectores populares. La “revolución libertadora” de Sánchez Cerro significó para muchos el premio al esfuerzo bien intencionado de este militar, el cual demostró su reciedumbre al consolidar su autoridad en medio de un gran desconcierto. Incluso llegó a enfrentarse a otros militares (sobre todo generales) que no veían con buenos ojos que alguien de menor jerarquía castrense gobernase el país. Quizá sea esto último lo que convirtió al “mocho” en una figura más atrayente y cercana a la población, a lo que se sumarían otros factores⁶.

Entre ellos figura el de la condición étnica, ya que en tiempos en los que la política parecía un monopolio de blancos, una figura trigueña se instalaba en Palacio de Gobierno, haciendo alarde de la fuerza y

⁶ Basadre 2005: 140-141.

virilidad que caracterizaban a su raza. Asimismo, el lenguaje sencillo que utilizó desde sus inicios en el poder, fue algo que ayudó a acercarlo aún más a los sectores más deprimidos de la sociedad. Sánchez Cerro centrará su mensaje en la necesidad de moralizar al país, después de los casos de corrupción del leguismo, afirmando enfáticamente que él siempre defendería los intereses nacionales por encima de los apetitos personales.

Emergió así un nuevo caudillismo, tan romántico como el del siglo XIX, alentado por el carácter del gobernante y los hechos políticos que guiaron a su régimen. Después de vencer en las elecciones de 1931, derrotando al joven Partido Aprista y su líder Haya de la Torre, asumió el mando en diciembre de aquel año, iniciando lo que se conocería como el “régimen de los dieciséis meses”. Ya desde la campaña electoral fue evidente el arrastre de Sánchez Cerro, sobre todo en los distritos más populares, como el Rímac, el Cercado y La Victoria, lugares en los que se formaron los llamados clubes sanchecerristas, para brindarle su apoyo.

El nuevo caudillo aumentará esa aureola romántica a través del carácter violento y confrontacional de su gobierno, el cual lo enfrentará a sus rivales políticos, originándose una atmósfera muy polarizada cuyo final habría de ser muy trágico. En el siguiente apartado nos referiremos con mayor detalle al tema de la violencia, por lo que aquí nos bastará afirmar que esta violencia generalizada, contribuirá decididamente a consolidar el carácter caudillesco de Sánchez Cerro, muy semejante a los que lucharon y murieron en los años posteriores a la independencia.

El 6 de marzo de 1932, a tres meses de iniciada su gestión, se produce un atentado contra la vida del mandatario, cuando éste se retiraba de la Iglesia Matriz de Miraflores. La tensa lucha política librada contra el aprismo, llegaba a un punto de extrema radicalización con este crimen frustrado, y al mismo tiempo empezaba a coronar al caudillo-presidente de una aureola de tonos épicos; pero aún faltaba más por venir.

Es en el enfrentamiento con el APRA, donde Sánchez Cerro encontrará el escenario propicio para asentar su dominio carismático, valiéndose de ese elemento para legitimar sus decisiones arbitrarias y sangrientas. Durante 1932 y los primeros meses de 1933, se desarrolla

el momento más importante del caudillismo sanchecerrista, liderando a las fuerzas del Estado frente a las diversas insurrecciones que asolaban el país, siendo la más importante la acontecida en Trujillo en julio de 1932. Nuevamente, podemos plantear una similitud con el fenómeno caudillista del siglo XIX, cuando militares como Gamarra, Salaverry o Cáceres tuvieron que sofocar levantamientos en diversas provincias, en medio de una atmósfera confusa e inestable.

Como si eso no bastara, en setiembre se iniciaron hostilidades en la zona fronteriza con Colombia (Leticia), cuando un grupo de ciudadanos peruanos invadió territorio colombiano que les fue entregado merced al tratado Salomón-Lozano firmado por Leguía en 1922. Con este hecho, Sánchez Cerro mostró el otro elemento fundamental del caudillismo: el patriotismo. Inicia así un tibio apoyo a esos ciudadanos, hasta que en los primeros meses de 1933 se decidirá por el abierto enfrentamiento con el vecino del norte.

Ironías de la historia: cuando el Presidente, que ya ostentaba el grado de general, se retiraba de observar un desfile de soldados que partirían a luchar en la frontera, fue nuevamente víctima de un atentado, esta vez de consecuencias fatales. En unos pocos minutos, la figura de Sánchez Cerro logró reunir la esencia del caudillo latinoamericano: luchar por la Patria y morir de forma heroica. Lo primero se plasmó a través del desfile y revisión de las tropas, y lo segundo, sufriendo las balas de un joven fanático perteneciente al rival político, que para él representaba la Antipatria.

Con ese final, similar al que tuvieron Salaverry, fusilado a los 33 años en Arequipa, y Gamarra, muerto en el campo de batalla de Ingavi; la figura de este militar pasó a tener ribetes de leyenda, surgiendo un tipo de culto laico a su legado, evidenciado en las romerías y desfiles realizados en su nombre en los años siguientes, incluso hasta décadas muy posteriores. Este fue Sánchez Cerro, el caudillo romántico e irascible, cuyo paso por nuestra política se asemeja al de un fuerte torbellino, capaz de generar grandes movimientos, pero que por su misma naturaleza tiene una presencia y accionar de corta duración, aunque sea suficiente para dejar un legado con efectos de largo plazo.

Sánchez Cerro, ya descrito, se enfrentó entre 1931 y 1933 a un rival político que también era un caudillo político en potencia, pero con algunas características particulares producto de su propia biogra-

fía, y de las acciones asumidas en la coyuntura. El notable historiador, ya desaparecido, Alberto Flores Galindo, definió de la manera más precisa la visión de Víctor Raúl Haya de la Torre, al afirmar que para él “el verdadero político es un hombre de acción por antonomasia”, contraponiéndola a la de José Carlos Mariátegui, quien privilegiaba la esfera intelectual. En ese sentido, la siguiente descripción de Flores Galindo es la que mejor grafica la esencia de Haya:

Para Haya, el camino es claro: la organización, la disciplina que impone el partido y, por encima de este, la actuación de un líder, un conductor que reúne en su persona dos rasgos indispensables: de un lado, el conocimiento de la ‘ciencia revolucionaria’ y, de otro, mesianismo y prestigio.⁷

Por ello, Haya será también una figura caudillesca en el complicado escenario de inicios de los años treinta. Él no creía en una revolución de manual, liderada por intelectuales, como Mariátegui, sino, por el contrario, en una gran acción bien organizada y, sobre todo, con un firme y sólido liderazgo. Como muy bien continúa su análisis Flores Galindo, las palabras de Haya nos hacen recordar “las campañas de Bolívar, el arrojito de Salaverry, las montoneras de Piérola...en pocas palabras: el caudillismo”⁸.

Ahora bien, este firme liderazgo que Haya resaltaba, lo fue construyendo desde los inicios de su actividad pública. Víctor Raúl, nacido en Trujillo en 1895, destacó desde su juventud como un líder estudiantil tanto en su ciudad natal como en Lima. En 1920 fue elegido Presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, estando presente en el Congreso del Cuzco, donde se plantearon una serie de reformas en relación a la educación universitaria. En 1921 llegó a Lima, empezando a forjar esa estrecha relación con la clase trabajadora, fundando y dirigiendo las llamadas Universidades Populares González Prada; es decir, los centros de formación a cargo de estudiantes universitarios dirigidos a la clase obrera.

A través de ese proyecto, Haya empieza su larga carrera política que mantuvo siempre una cercana y especial relación con los sectores populares. Dos años más tarde, un nuevo hecho consolida la figura

⁷ Flores Galindo 1988: 65.

⁸ Flores Galindo 1988: 64.

caudillesca del joven líder estudiantil: la protesta contra la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús impulsada por el presidente Leguía. En mayo de 1923 el gobierno anunció este acto protocolar, que muchos no tardaron en interpretar como la utilización política de la fe religiosa del pueblo peruano. Por ello, desde aquel momento los estudiantes, liderados por Haya, salieron a las calles a protestar terminando todo ello en un enfrentamiento con la policía y la muerte de un obrero y un universitario. El joven Haya fue sindicado como el responsable de esa tragedia, y meses después, el régimen de Leguía lo envió al exilio, el cual duraría ocho años.

Ese tiempo fue esencial para la creación del experimento político que el trujillano ya había empezado a darle forma, fundando simbólicamente en 1924 en la ciudad de México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Nació así una de las principales organizaciones políticas latinoamericanas del siglo XX y, sobre todo, emergía un nuevo líder político que en las décadas siguientes sería una figura de primera importancia. Con la caída de Leguía, el nuevo caudillo retornó a enfrentar la difícil coyuntura y a mostrarse como un líder político con un discurso y símbolos muy novedosos.

En efecto, esos dos elementos coadyuvaron a forjar un escenario político muy particular, con la presencia de figuras y movimientos políticos que marcarían una nueva etapa de nuestra historia. En ese proceso, Haya de la Torre llega a la campaña electoral de 1931 con un mensaje que enfatizaba la idea de concretizar una verdadera democracia, en la cual el Estado debería ser el instrumento de defensa de los intereses de los sectores más desposeídos. Fue un mensaje renovador, que causó temor en la oligarquía, y que fue de la mano con toda una simbología y organización que convirtieron al Partido Aprista Peruano en el principal referente de nuestra política. Fue en esta campaña electoral que vieron la luz frases como "Sólo el aprismo salvará al Perú", y símbolos como la estrella con la inscripción APRA; además de una intensa propaganda que resaltaba al candidato, al fundador de esta nueva organización que proclamaba ser la única solución a los problemas del país.

Discursos, símbolos y lemas fueron los elementos que empezaron a delinear la posición del aprismo y su líder; sin embargo, serán los hechos los que terminen por darle el carácter caudillista a Haya de la

Torre. Desde el mítico encuentro del 23 de agosto de 1931 en la Plaza de Acho, en el cual Haya publicó su programa máximo; pasando por el célebre discurso en Trujillo en diciembre de ese año, después de su derrota electoral frente a Sánchez Cerro; hasta los luctuosos hechos de los meses siguientes que lo obligarán a pasar a la clandestinidad por mucho tiempo.

Así como Sánchez Cerro desarrolló las características del típico caudillo, Haya también vincula cada una de ellas a su carrera política. Una vida intensa en cuanto a hechos, con grandes persecuciones, fugas, negociaciones y largos exilios; a los que se sumaron la audacia, astucia y el valor estratégico que permitieron al APRA ser el principal partido político del país. Por ello, la tensa lucha política que el país vivió entre 1931 y 1933 debe también ser explicada en base a este enfrentamiento de caudillos, entre dos tipos de personalidades que ejercieron una gran atracción sobre las masas. De un lado, el caudillismo romántico y virulento de Sánchez Cerro; del otro, el liderazgo sólido y renovador de Haya; ambos, con sus respectivas intervenciones dieron forma a la primera característica fundamental de los años treinta en el Perú: la de los caudillismos mesiánicos.

Uno de los efectos más claros de esa presencia caudillista, fue la gran polarización que se generó a partir de 1931. Con la configuración de esa nueva coyuntura, un fenómeno se hará cada vez más recurrente en los actores políticos: la violencia. En el siguiente apartado, analizaremos cómo este elemento empezó a apoderarse del desarrollo histórico de esa década, haciendo especial énfasis en los principales hechos acaecidos y en cómo fueron asumidos, así como en entender por qué surgió con sus características particulares.

2) La violencia

El asesino no es más que un vil instrumento que ha hecho el mal por instigación de otros [...] Este individuo no tiene sino una importancia secundaria [...] tras él estaba y está aún hoy, dedicado a la tarea criminal de trastornar el orden del país, de predicar el odio, de azuzar todo cuanto se esconde de primitivo

en el hombre, aquel que tiene la responsabilidad principal de esta tragedia.⁹

Aunque a lo largo de la etapa republicana la violencia fue un elemento esencial de la política peruana, el periodo que se abrió en 1930 tendrá un desarrollo propio que le otorga a aquella un lugar muy preponderante. Si en los años anteriores siempre se produjeron hechos violentos y trágicos (la rebelión de los hermanos Gutiérrez en 1872 o la revolución pierolista de 1895), el proceso de los años treinta tendrá la particularidad de concentrar diversos hechos sangrientos desplegados a lo largo de la década, casi siempre con los mismos actores, y con un trasfondo ideológico de por medio. Todo ello configurará un escenario similar al de una guerra civil.

De ese modo, podemos decir que si antes la violencia se manifestó en hechos aislados, o en cortos periodos de revoluciones y levantamientos; en los años treinta se desarrolló una violencia más crónica, la que se tradujo en saqueos, conspiraciones de civiles y militares, motines, atentados contra personajes públicos, movimientos revolucionarios y asesinatos. Esta crispación no solo se materializó en hechos concretos, sino que se dejó notar en la profusión de panfletos políticos con un lenguaje agresivo, los cuales simbolizaron de manera fidedigna la tensa atmósfera que se plasmó en aquellos años. Títulos como *Zoocracia y canibalismo*, *En la selva política*, *Aprismo cáncer social*¹⁰; nos muestran claramente el alto grado de polarización y violencia que implicaron las luchas políticas en tal coyuntura.

Ahora bien, esta violencia tuvo también la particularidad de contar con nuevos actores: los llamados partidos de masas, que imprimieron un carácter distinto. En este tipo de partidos, el factor ideológico o doctrinario es muy importante, ya que ese elemento es el eje que cohesiona a los diferentes miembros de la organización. Además de ello, estos partidos junto con su doctrina, se convierten en los principales y únicos referentes para sus miembros, los cuales van a buscar todas las respuestas posibles a los problemas del país en ellos¹¹. Consecuentemente, el grado de lealtad y compromiso con estos movimientos

⁹ Editorial del Diario El Comercio, 18 de mayo de 1935, sobre el asesinato de su director.

¹⁰ More 1933, Eguiguren 1933, Guarda 1938.

¹¹ Del Águila 2000: 251-270.

será mucho mayor, y con ello, un mayor apasionamiento en defensa de los ideales y proyectos que elaborarán con el objetivo de llegar al poder. Es esta característica en particular, la que le brindará una connotación nueva a la violencia política de los años treinta; ya que se justificará el uso de la violencia, arguyendo que el *sectarismo* de un grupo político intentaba capturar el Estado e imponer una dictadura oprobiosa.

De un lado, entonces, tendremos a un joven partido de masas ideologizado y con un discurso radical; mientras que del otro estará el actor político más sólido e importante de toda la historia republicana del Perú: el Ejército. Al producirse el choque entre ambos, se generó una espiral de violencia que combinó prácticas antiguas con discursos encendidos que expresan animadversiones más profundas y complejas. En esa línea, los caudillismos mesiánicos, de los que ya hablamos, la coyuntura política y las decisiones adoptadas bajo su influjo, contribuyen a radicalizar tal proceso de violencia, como lo detallaremos a continuación.

La caída de Augusto B. Leguía en 1930 significó el surgimiento de una etapa de confusión política en nuestro país. Entre agosto de 1930 y marzo de 1931; es decir, entre el golpe de Estado de Luis Miguel Sánchez Cerro y la constitución de la Junta de Gobierno presidida por David Samanez Ocampo, la principal característica será el vacío y desorden político generado por el abrupto cambio de régimen.

Así, tan solo dos meses después de su llegada al poder, la Junta presidida por Sánchez Cerro se enfrentó a una protesta de obreros mineros en Malpaso, que culminó con la muerte de varios trabajadores. Los ánimos empezaron a encrespase cada vez más, no solo por motivos políticos (como ocurrió con el saqueo de la casa de Leguía), sino también sociales, al empezar a aparecer protestas de diversos sectores laborales. Al mismo tiempo, uno de los efectos de la "revolución libertadora" sanchecerrista fue relajar las jerarquías castrenses, ya que Sánchez Cerro era comandante al momento del golpe, y su figura empezó a resaltar por encima de coroneles y generales. Ello pudo motivar que entre agosto de 1930 y febrero de 1931 se gestaran varios levantamientos de militares de diferentes grados, generando una gran inestabilidad con varias juntas de gobierno funcionando en el país, hasta que el 1 de marzo de 1931, el propio Sánchez Cerro renunció a su cargo. La

atmósfera se cargaba de polarización y violencia, que meses más tarde tomaría rumbos más radicales.

Hacia mayo de 1931 la Junta de Gobierno presidida por Samanez Ocampo convocó oficialmente a elecciones, y al mismo tiempo se elaboró un nuevo Estatuto Electoral que trajo una serie de novedades en esa materia. Así, se creó una entidad dedicada exclusivamente a organizar los procesos electorales, como fue el Jurado Nacional de Elecciones. De la misma manera se instaló el voto secreto y obligatorio, eliminándose los requisitos de carácter censitario, pero manteniéndose el veto a los analfabetos. En esa coyuntura, se vislumbraban como las principales candidaturas la de Sánchez Cerro, que se encontraba en Europa, y la de Víctor Raúl Haya de la Torre, quien también estaba retornando al Perú después de un exilio de ocho años.

En julio de 1931 retornó Sánchez Cerro y un mes después lo hizo Haya, con lo cual se dio inicio a una campaña electoral llena de discursos encendidos que presagiaban una polarizada escena política. Mientras los seguidores del primero acusaban al APRA de ser una organización internacional, que no respondía a los intereses nacionales, y la vinculaban al comunismo; los jóvenes apristas tildaban a Sánchez Cerro de ser un instrumento del viejo civilismo (o la oligarquía peruana) que había gobernado el país por muchas décadas, atendiendo solo a sus intereses en desmedro de las mayorías. Las acusaciones y los adjetivos utilizados ya avizoraban el tenso panorama que se venía, más aún cuando en octubre de 1931 se realizó la elección que dio como ganador al comandante piurano con más del 50% de los votos, mientras Haya obtuvo el 35% de los mismos. La reacción del aprismo fue de denunciar un supuesto fraude, por lo cual el mismo día que Sánchez Cerro asumía el cargo, el 8 de diciembre, en Trujillo, Haya daba un célebre discurso en el que la multitud aprista lo nombró "presidente moral del país", y que concluyó con el lema que los acompañaría en estos tiempos difíciles: "¡Sólo el aprismo salvará al Perú!"

Así se inició el gobierno constitucional del hombre que había derrocado a Leguía, en medio de un panorama complicado en el que se mezclaban las pasiones políticas, la severa crisis económica y el malestar social. Teniendo en cuenta el escenario que se venía, la actuación de Haya y sus seguidores no fue la más madura; ya que cuestionaron una elección a todas luces limpia, que estuvo a cargo de una

Junta de Gobierno que no tenía una buena relación con Sánchez Cerro, y en la cual hubo absoluta libertad de expresión de ideas. A pesar de los cuestionamientos de los propios apristas, la voz mesurada y autorizada de Jorge Basadre¹², entre otros historiadores, nos dice que aquella elección fue limpia, y por lo tanto no había motivos para cuestionarla, sino convertirse en una oposición crítica, pero responsable, al nuevo régimen. Lamentablemente esto no sucedió, y ello contribuyó a que el gobierno deviniera en un régimen represivo, lo cual, a su vez, coadyuvó a radicalizar la violencia de los militantes apristas.

Lo que advino después fue una espiral de violencia creciente, a partir de la dación de una ley de emergencia que se convirtió en el instrumento legal de la represión del régimen. Según ese dispositivo, aprobado en los primeros días del nuevo año de 1932, el gobierno quedaba facultado para “suspender las reuniones o manifestaciones públicas de carácter político o social, cuando por las circunstancias de su convocatoria, sea presumible que su celebración pueda perturbar la paz pública”¹³, además de la clausura de lugares considerados peligrosos. Por ello, la reacción inmediata del aprismo fue protestar, ya que se dieron cuenta de que esta ley los atacaba directamente. Los debates en el Parlamento se hicieron cada vez más tensos, y a pesar de la oposición la Ley de Emergencia se aprobó. Desde ese momento, solo era cuestión de tiempo para que se produjera un gran acto de fuerza en contra del APRA.

Así, el 16 de febrero los principales diarios publicaron una información oficial que anunciaba el descubrimiento de un plan aprista para atacar los cuarteles de Lima, acusándose a varios parlamentarios de este partido de estar implicados en los hechos. Dos días después se produjo el desafuero de un grupo de legisladores, bajo el pretexto del complot mencionado. La policía ingresó al Parlamento por la noche y procedió a retirar a trece parlamentarios, mientras en los días siguientes se deportaban a otros tantos por el mismo motivo. En total, fueron veintitrés los congresistas desaforados, generándose un ambiente de mucha crispación y protesta ya que el Parlamento seguiría funcionando pero mutilado. Más peligroso aún, este hecho tuvo una significación política más importante, y es que a partir de ese momento el

¹² Basadre 2005: 150-152.

¹³ Ugarteche 1969: 7.

aprismo perdió el único escenario legal para combatir al gobierno, quedándole como única arma política la lucha en las calles.

Esa fue la reacción inmediata del partido de Haya de la Torre, configurándose el escenario propicio para la gestación de una guerra civil. Aquel año de 1932, o el año de la barbarie como lo llamó un connotado periodista¹⁴, vería el desarrollo de toda esta violencia en diversas provincias del país, como un proceso generalizado. En los meses siguientes se producirían continuos hechos luctuosos como el primer intento de asesinato de Sánchez Cerro en la Iglesia Matriz de Miraflores en marzo, o la sublevación, en mayo, de dos buques de la Escuadra que conllevó al fusilamiento de ocho marineros, y un día después a la captura de Haya de la Torre enviándolo detenido al Frontón.

Sin embargo, en julio de 1932 se produjo el hecho más trágico de toda esta etapa: la rebelión de Trujillo, la cual dio origen al enfrentamiento tan encarnizado que el Ejército y el APRA tuvieron en buena parte del siglo XX. La versión aprista habla de un levantamiento realizado antes de lo acordado, sin consultar con los dirigentes del partido; en tanto, otras versiones aducen que la rebelión ya estaba organizada y debía conectarse con otras que estallaron en los días siguientes en Cajamarca y Huaraz. Aquí la violencia llegó a niveles extremos, tanto de parte de los apristas sublevados como de los militares que los reprimieron. Hubo masacre de oficiales en los cuarteles tomados, y también de civiles en las ruinas de Chan Chan; escribiéndose una de las páginas más oscuras de nuestra historia republicana.

Tras ese hecho tan sangriento, con una buena cantidad de militares asesinados y militantes apristas fusilados; puede afirmarse que el Perú entró en una etapa de guerra civil. En el mes de agosto, hubo otros enfrentamientos en Cajamarca y Huaraz, donde nuevamente se aplicó la pena de muerte, ejecutándose a cinco personas. Meses después, en marzo de 1933, acaece el levantamiento del comandante Gustavo Jiménez quien, con apoyo del aprismo, intentó derrocar a Sánchez Cerro. El aguerrido militar, que había acompañado al presidente en el inicio de su revolución, se había convertido ahora en su más encarnizado opositor en el Ejército, llegando a pagar con su vida ese atrevimien-

¹⁴ Thorndike 1973: 12.

to. Nuevamente, el debelar de esta rebelión trajo consigo el fusilamiento de cinco personas, con lo cual el país seguía desangrándose.

Si tal era la situación a nivel interno, en el panorama externo la situación también se vio alterada por el levantamiento de pobladores peruanos en la zona de Leticia, que ya era en ese momento parte del territorio colombiano. El Presidente se enfrentó con el dilema de apoyar o respetar los términos del Tratado Salomón-Lozano, firmado en 1922, que otorgó esa zona a Colombia. Cuando se hizo evidente el apoyo de la opinión pública a la ocupación de Leticia, el Presidente decidió no repudiar las acciones de esos pobladores y dejar que los hechos se desencadenaran. Ante esa situación, en febrero de 1933, Colombia inició una campaña militar contra las fuerzas peruanas para recuperar el territorio de Leticia. Sánchez Cerro, entonces, decidió ir a la guerra y se convocó a todos los varones entre veintiún y veinticinco años. Pocas semanas después, a principios de abril, el Presidente designó al general Óscar R. Benavides, ex presidente de la República, como Jefe de la Junta de Defensa Nacional, en un intento por tener cerca a un prestigioso militar que lo asesorara en el conflicto que se avecinaba.

El 9 de abril de 1933 se promulgó la nueva Constitución, la cual contenía el famoso artículo 53 que prohibía el funcionamiento legal de los partidos políticos de organización internacional, en un claro intento por dejar en la ilegalidad a los partidos aprista y comunista. Apenas tres semanas después, el 30 de abril, el régimen de Sánchez Cerro llegó a su fin cuando el Presidente fue asesinado por los disparos de un joven aprista, Abelardo Mendoza Leyva. El mismo día del infausto hecho, la Asamblea Constituyente eligió al general Benavides como el Jefe de Estado que completaría el período de Sánchez Cerro, a pesar de ser una decisión inconstitucional.

Se cerraba así, de manera trágica, la primera etapa política de la década del treinta, que fue la más violenta y polarizada, viviéndose un conflicto permanente entre dos actores políticos que no deseaban dar muestras de debilidad, para lo cual los actos de fuerza debían ser las mejores armas a exhibir frente al otro. Así, la rivalidad entre el Ejército y el APRA nació en tan difícil coyuntura, convirtiéndose en el hecho capital y principal de la política peruana a partir de ese momento,

influyendo directamente en muchos hechos posteriores como el que Haya de la Torre nunca llegara a ejercer la presidencia.

La segunda etapa fue la del gobierno de Óscar Benavides, entre 1933 y 1939, en la cual las relaciones entre apristas y sanchecerristas ya no se caracterizaron principalmente por el enfrentamiento mutuo, sino por el establecimiento de estrategias políticas para combatir al gobierno de turno, el cual tomó medidas represivas contra ambos movimientos. Tras la designación del general Oscar Benavides como el sucesor de Sánchez Cerro, el panorama político cambió pasando de un gobierno deslegitimado por su carácter autoritario y represivo, a un régimen que tenía como objetivo principal en el frente interno aquietar la atmósfera turbada que habían adquirido las luchas políticas, y en el externo resolver un conflicto con un país vecino como Colombia. De allí que la misión del nuevo gobernante fue de una gran responsabilidad, procurando un manejo político muy cauto y sagaz.

A nuestro entender la nueva administración tuvo dos caminos: o saciaba la sed de venganza de los partidarios de Sánchez Cerro, intensificando la represión de los apristas; o por el contrario, asumía el papel de árbitro que manejaba sus relaciones con los demás actores de acuerdo con los intereses del Estado. Es claro que Benavides optó por el segundo camino, demostrando desde sus primeros días en la Casa de Pizarro ser un político prudente, como lo evidenció al incluir en su primer gabinete a Luis A. Flores y Pablo Ernesto Sánchez Cerro (este último hermano del presidente victimado), acérrimos sanchecerristas, con lo cual dejaba entrever que la Unión Revolucionaria aún era parte del gobierno, aunque esa situación no durara por mucho tiempo.

En efecto, Benavides convocó en junio de 1933 a Jorge Prado, un político moderado frente al APRA, para presidir el gabinete de paz y concordia que debía serenar el tenso ambiente y en agosto concedió una amnistía a todos los presos políticos, incluyendo a Haya de la Torre. Los meses siguientes estuvieron marcados por dos grandes temas: las elecciones parlamentarias que debían completar el número total del Congreso en vista del desafuero de los legisladores apristas el año anterior, y las conversaciones orientadas a lograr un acuerdo con Colombia por el conflicto de Leticia.

Es en este contexto que la situación del APRA se tornará cambiante, siendo convocados para apoyar el arreglo al que el gobierno

llegó con su par colombiano, pero al mismo tiempo viendo cómo hasta en cuatro oportunidades se postergaron las elecciones complementarias, además de sufrir la persecución de gabinetes como el de José de la Riva Agüero y Osma, quien en noviembre de 1933 reemplazó a Jorge Prado. Esta situación se mantuvo hasta mayo de 1934 cuando se produjo la renuncia de Riva Agüero como Primer Ministro, y es reemplazado por Alberto Rey de Castro, logrando así un cambio político necesario para que el aprismo aceptase la convocatoria al acuerdo de paz, permitiéndose a partir de ese momento la reapertura de sus locales partidarios.

Lamentablemente, la tregua que se vivió en materia política en el país, llegó a su fin en los últimos meses de 1934. A lo largo de ese año el gobierno aplazó hasta en tres oportunidades la realización de las elecciones complementarias al Congreso, pues como mencionamos líneas atrás este se encontraba incompleto desde el desafuero de legisladores apristas en febrero de 1932. Tal fue el origen del inicio de los enfrentamientos entre el régimen y el aprismo. De ese modo, en noviembre de 1934, se produjeron levantamientos en la zona central del país (Ayacucho, Huancayo y Huancavelica), y también en Lima; con la nefasta consecuencia de más muertos por ambos lados. Tras debelar esos movimientos, Benavides procedió a exiliar a los principales líderes del APRA y Haya de la Torre volvió a la clandestinidad. En la visión del gobierno, los luctuosos sucesos del centro confirmaban que el aprismo era una fuerza violentista y sanguinaria que haría todo lo posible por derrocar al régimen e instalarse en el poder. Por ello, desde ese momento, el partido de Haya volvió a la ilegalidad y permaneció en esa situación por once años hasta mayo de 1945. Esta dura etapa para los apristas es conocida como "las catacumbas".

Sin embargo, se añadió otro lamentable hecho que volvió a teñir de sangre las luchas políticas en nuestro país. El 15 de mayo de 1935, mientras salían del Club Nacional para dirigirse al Hotel Bolívar, fueron asesinados el director del diario *El Comercio*, Antonio Miró Quesada y su esposa, la señora María Laos de Miró Quesada. El asesinato, Carlos Steer Lafont, era un joven de 18 años que pertenecía al APRA, con lo cual la familia Miró Quesada culpó directamente del crimen a Haya de la Torre. Este hecho, sumado al ingreso a una etapa pre-electoral a mediados de ese año, hizo que el panorama político fuera adquiriendo un carácter más polarizado, fortaleciéndose una extre-

ma derecha más conservadora y autoritaria, que empezó a agruparse y diferenciarse del otro sector de la élite que tenía una mentalidad más abierta respecto a los grupos de izquierda. Al mismo tiempo la Unión Revolucionaria intensificó su propaganda y carácter fascista que asumió con la nueva jefatura de Luis A. Flores, y el Partido Comunista adoptó la táctica de formar frentes populares que la III Internacional suscribió a raíz de su VII Congreso en julio de 1935.

La mayor prueba del cambio se vio reflejada en la campaña electoral de 1936. Benavides convocó a elecciones, pues él solo debía completar el período de Sánchez Cerro que llegaba hasta diciembre de 1936. Desde mediados de 1935, diversos personajes políticos empezaron conversaciones para tratar de formar alianzas políticas, las cuales debían estar guiadas por un común ideario y posición ideológica política¹⁵. Por su parte, Benavides en sus tres años de gobierno había logrado estabilizar la situación política, tanto interna como externa, y conseguir una rápida recuperación económica reflejada en el aumento del presupuesto del Estado y la realización de diversas e importantes obras públicas (barrios obreros, restaurantes populares, carreteras, etc.).

Con ese panorama, para la elección de 1936 hubo cuatro candidatos: Luis Alberto Flores, líder de la Unión Revolucionaria y sucesor de Sánchez Cerro; Manuel Vicente Villarán, reconocido abogado y catedrático de San Marcos, quien fue el candidato de una coalición derechista formada por personajes como José de la Riva Agüero y Pedro Beltrán; Jorge Prado Ugarteche, ex ministro de Benavides, quien fue apoyado por un grupo de pequeños partidos reunidos en el llamado Frente Nacional, y el candidato apoyado por el régimen. Finalmente, la cuarta candidatura puede ser dividida en dos personajes ya que inicialmente Haya de la Torre presentó su postulación, pero el Jurado de Elecciones la rechazó basándose en la Constitución (artículo 53°); sin embargo, faltando dos semanas para la elección surgió la candidatura de Luis Antonio Eguiguren, ex presidente del Congreso, quien llegó a un acuerdo con el APRA, obteniendo el apoyo de este partido.

Tras una campaña llena de discursos ideologizados y una gran influencia del contexto internacional, sobre todo por el estallido de la guerra civil española, la elección se realizó el 11 de octubre de 1936.

¹⁵ Candela Jiménez 2009: 38-76.

Según los primeros conteos estaba resultando vencedor el candidato Eguiguren, ante lo cual el gobierno anunció el 23 de octubre el cese del recuento de votos. Días después se dio a conocer que la cancelación del escrutinio se debía a la participación soterrada del partido aprista, el cual había apoyado con sus votos a Eguiguren, lo que invalidaba la votación pues provenía de un partido ilegal. El siguiente paso fue la anulación del proceso electoral, con lo cual el asunto de la sucesión se convirtió en el principal problema político, ya que en diciembre vencía el mandato de Benavides, y no habría un nuevo gobierno elegido que lo reemplazara. En esos momentos, el asunto pasó al Congreso en el cual se debía dar una solución legal a tan espinoso tema.

Luego de una serie de discusiones y debates, la mayoría parlamentaria, aliada del Ejecutivo, planteó la prórroga del mandato de Benavides por tres años más, en vista de la complicada situación política en la que los ánimos estaban muy encendidos y las pasiones podían desembocar en un conflicto civil. Con la sola oposición de los cuatro miembros de la Unión Revolucionaria, los cuatro miembros del Partido Socialista y algunos otros independientes; el Congreso finalmente aprobó la prórroga, con lo cual el General victorioso de La Pedrera extendió su mandato hasta diciembre de 1939. A pesar de que en los últimos días de noviembre hubo algún intento insurreccional de miembros de la UR, los cuales fueron deportados con Luis A. Flores a la cabeza, el régimen pudo continuar e inaugurar una segunda fase en diciembre de 1936.

Los tres años siguientes, aunque vieron un descenso de la violencia, no fueron ajenos a la misma, ya que persistió el clima de polarización política e ideológica entre el aprismo y los sectores castrenses. Recordemos que desde 1934 el APRA era un partido ilegal, sin posibilidad de presentar candidatos o de apoyar a alguno, como quedó evidenciado en el final del proceso electoral de 1936. Por ello, Benavides también dio un instrumento legal para la represión, con la Ley de Seguridad Pública, la cual le permitió neutralizar a sus principales rivales políticos: el APRA y, ahora también, la Unión Revolucionaria. El espíritu confrontacional, propio de una guerra civil, permaneció en estos años y se concretó en hechos tan repudiables como el asesinato del líder aprista Manuel Arévalo en febrero de 1937, cuando ya se le había capturado; el asesinato del comandante del Ejército Remigio Morales Bermúdez en noviembre de 1939 en Trujillo; o en los constan-

tes movimientos de Haya de la Torre, el cual en varias oportunidades fue actor principal de fugas épicas bajo el fuego de las balas de sus perseguidores.

Sin embargo, el hecho más violento de esta segunda parte de la década fue el fallido golpe de Estado de uno de los hombres de mayor confianza del propio presidente: su Ministro de Gobierno, general Antonio Rodríguez. Diversos investigadores, historiadores y personajes de la época llamaron a ese levantamiento la “revolución de los espíritus”¹⁶. Esto se debe a que Rodríguez, al parecer, era un hombre que gustaba del esoterismo, lo cual fue aprovechado por un grupo de apristas que lo contactaron y le hicieron saber que los astros lo habían escogido como el hombre que liberaría al Perú de la tiranía benavidista. Sin embargo, hay otras versiones, como la del líder aprista Armando Villanueva¹⁷, que refieren de una serie de experiencias amargas de Rodríguez al visitar las cárceles, en las que se dio cuenta de la crueldad y arbitrariedad de los funcionarios del gobierno para con sus enemigos políticos. Por ello, habría decidido poner fin a esa injusta situación, planificando un golpe de Estado contra Benavides.

Fue en un domingo de carnaval de 1939, el 19 de febrero exactamente, cuando Rodríguez aprovechando el viaje de descanso del presidente, ingresó al Palacio de Gobierno dispuesto a todo. El ir y venir de los disparos terminaron con la muerte del ministro en armas, el cual no recibió el apoyo prometido de los apristas, encontrándose con su fatal destino. Cuando se levantó su cuerpo, tenía en el bolsillo de su indumentaria militar un manifiesto que debía pronunciar ante el país, si su levantamiento hubiera sido exitoso, en el cual mencionaba la amnistía política y la convocatoria a nuevas elecciones. El destino quiso que ello no se cumpliera, pero el impacto del fallido golpe se hizo sentir en las entrañas del régimen de Benavides, haciéndolo recapacitar y descartar totalmente cualquier intento por volver a prorrogar su mandato.

Se cerraba así la década del treinta, marcada por la violencia política que la tiñó en su totalidad: desde los primeros saqueos de la casa de Leguía, a poco de la revolución de Sánchez Cerro, hasta el levantamiento armado de un Ministro del propio gobierno, con una balacera

¹⁶ Soto Rivera 2002: 343-353.

¹⁷ Villanueva y Thorndike 2004: 140-142.

en la sede del poder. Como decíamos al principio, si bien es cierto la violencia casi siempre fue un elemento impostergable de nuestra vida política, en la década de 1930 la irrupción de nuevos actores y factores ideológicos y sociales, condujeron a una radicalización y continuidad de la misma, configurándose un escenario de guerra civil, atentados y crímenes políticos, los cuales no se vieron en esa magnitud desde los primeros años de nuestra vida republicana. Quizá esta última sea la característica que más habría que resaltar; es decir, que en los años treinta se reprodujeron los mismos niveles de violencia y conflictos que en el siglo XIX, con la diferencia que en esta década ya se habían afirmado los cimientos del Estado de derecho y la forma republicana de gobierno. Creo que es esa generalización de la violencia, como si aún hubiéramos estado en los inicios de la república, lo que más cautiva y llama la atención de estos tiempos de miedo, violencia y rebeldía.

3) El populismo¹⁸

La crisis económica, que se agudizó a partir de 1929, fue uno de los hechos que influyó de manera determinante en la coyuntura de los treinta. Se generaron diversos movimientos sociales como reacción por el cierre de fábricas y empresas, además de protestas laborales de mineros, obreros y campesinos. Ante este nuevo escenario, fue necesaria una respuesta política que en líneas generales se conoce con el nombre de populismo. A grandes rasgos, el populismo fue la respuesta política a la crítica situación de estos años, tratando de incorporar las demandas de las clases medias y sectores populares al Estado, para de esa manera controlar a los movimientos sociales, sean izquierdistas o derechistas.

Por ello, será muy popular entre las élites políticas de esta década la idea de establecer sistemas corporativistas en los que debían confluír capital, trabajo y Estado con el objetivo de armonizar las relaciones entre los mismos y evitar una lucha de clases. A estos aspectos debemos agregar el carácter nacionalista (por lo menos en los discursos) de la mayor parte de regímenes, civiles o militares. Esto se dio

¹⁸ Para el desarrollo de este punto se han consultado dos textos fundamentales. Uno es el de Carlos Malamud 2003: 135-140 y el otro de Flavia Freidenberg 2007: 17-49.

como consecuencia de la crisis del sistema primario-exportador de las primeras décadas del siglo y que en estos momentos de crisis dio paso al surgimiento de todo un discurso que llamaba a relanzar la producción nacional de cada país en vista de la imposibilidad de seguir importando, además de proteger a los trabajadores nacionales en desmedro de los extranjeros.

Los casos más emblemáticos de estos populismos los tuvieron Brasil y México, con regímenes que crearon un gran aparato estatal capaz de cumplir con las múltiples demandas de obreros, empleados, campesinos; al mismo tiempo que los sectores políticos más ideologizados, libraban su propia batalla política originando varios hechos violentos que ahondaban la polarización. Influenciado por la crisis del sistema liberal, fue en esta década cuando se instaló el modelo del Estado benefactor y empresario, siendo los países mencionados dos claros ejemplos de ello. En suma, los populismos clásicos podrían ser definidos como un fenómeno político que representó una respuesta ante la coyuntura de crisis global, mediante la creación de mecanismos de reconocimiento y valoración de los sectores tradicionalmente marginados, incorporando también de manera subordinada sus demandas y aspiraciones. Este tipo de respuesta surge como una forma de dominación en un contexto en el cual existía una crisis de representación política, debido a que ninguna clase tenía la hegemonía necesaria y el viejo Estado liberal se mostraba incapaz canalizar las demandas señaladas.

Con este contexto a nivel regional, también en el Perú se vivieron años de protestas y malestar social, al mismo tiempo que los discursos políticos se empezaron a teñir de una fuerte carga nacionalista, asumiendo ideas de las principales ideologías que por esos años imperaban en el Viejo Mundo. Por consiguiente, a lo largo de la década los principales partidos y líderes políticos fueron desarrollando algunas características del populismo, en vista de las crecientes tensiones sociales y políticas. Tanto Sánchez Cerro como Benavides, los dos gobernantes de la década, tuvieron regímenes que se acercaron a esta experiencia, aunque sin llegar a equipararse a lo sucedido en Brasil o México. Y también, el APRA se convertirá en un movimiento populista, sobre todo por la relación carismática de su líder, Haya de la Torre, con sus fieles seguidores, y el carácter heterogéneo de su base social, además de su discurso reivindicativo de los sectores marginados de la

sociedad peruana por la oligarquía aliada al imperialismo. Aquí, sin embargo, nos concentraremos en los gobernantes militares mencionados.

Fue el líder de la revolución libertadora de 1930 el personaje que encarnó una primera versión del populismo en el Perú en aquella década, mucho más personalista y carismática; en tanto que el general Benavides, quien gobernó entre 1933 y 1939, la configuró como un sistema que le permitió un eficiente control político y social en medio de la violencia ya descrita. Lo más resaltante de la vinculación entre populismo y los gobiernos militares en nuestro país, fue que se estableció un claro patrón político que continuaron más adelante otros regímenes, como los de Manuel Odría (1948-1956) y el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada (1968-1980). Este patrón consistió en que los militares empezaron a creer que su deber era otorgar beneficios concretos a los sectores más deprimidos, y así forjar la ansiada armonía social y unidad nacional, sin interferencias ideológicas extranjeras. Mientras que los políticos civiles solo nos habían llevado al faccionalismo y las luchas internas, los militares creyeron demostrar que su intervención en la política era justa y necesaria cada vez que aquellos se mostraban incapaces de mantener la concordia política y social.

Es muy importante resaltar esta última idea, ya que esa será la justificación para todos los golpes militares posteriores, por lo cual la Fuerza Armada llegó a tener una participación mucho más activa en la política, de lo que había sucedido en las tres primeras décadas del siglo XX. En los años treinta, el proyecto político populista fue la vía utilizada para consolidar la presencia de los militares, ya que a través de aquél se logró alejar los peligros considerados subversivos del orden social. Como hemos visto, el APRA será la encarnación de ese peligro, ya que tanto su ideología como su organización amenazaban, según los gobernantes, las bases fundamentales de la sociedad y el Estado. Era pues necesario resolver de manera eficaz las necesidades de los sectores populares, para evitar que estos reclamos se convirtieran en la plataforma perfecta para el avance del aprismo. Si el partido de Haya de la Torre predicaba que la justicia social solo podría alcanzarse con la consolidación de un Estado antimperalista, controlado por los trabajadores y las clases medias, o sea, por el aprismo, los militares y civiles que gobernaron esa década quisieron demostrar lo contrario.

A pesar del corto tiempo que duró el gobierno de Sánchez Cerro, fue suficiente para que el caudillo piurano plasmara dos aspectos fundamentales del populismo latinoamericano: las medidas asistencialistas ante la crisis económica y la relación cercana y directa con las masas. Sobre lo segundo, ya nos hemos extendido en el primer apartado de este ensayo, quedando por ampliar el primer punto. En medio de una situación financiera muy complicada, con un presupuesto estatal que era una tercera parte de lo que había sido hasta 1929; el régimen sanhecerrista empezó a aplicar políticas para aliviar las principales necesidades de la población más afectada. Así fue en este gobierno que se crearon los restaurantes populares, como los lugares destinados a ofrecer una alimentación sana, nutritiva y a un precio simbólico. Por lo ajustado del presupuesto, el proyecto de construcción del primer restaurante popular no se pudo concretar sino hasta 1934, es decir, después de la muerte de Sánchez Cerro. Asimismo, se inició la banca de fomento con la creación de los Bancos Agrícola e Industrial, aunque este último recién empezó a funcionar en 1936; y se dio una ley que obligó a las empresas y talleres a tener como personal peruano una proporción no menor del 80% del total de sus trabajadores. Lamentablemente, muchas de estas medidas no se pudieron implementar por la temprana muerte del mandatario.

El régimen de Benavides, que sucedió a Sánchez Cerro, continuó descansando básicamente en el apoyo de la Fuerza Armada. Sin embargo, otro factor primordial que le permitió estabilidad al gobierno fue la mejora de la economía. El ingreso nacional creció 61% entre 1935 y 1939, destinándose la mayor parte de esos ingresos a ejecutar un gran plan de obras públicas y de bienestar social. En efecto, de la mano de las crecientes exportaciones de petróleo y algodón, el Estado empezó a percibir más ingresos e incrementó el alicaído presupuesto que había tenido en los últimos años. Por ello, no es raro notar cómo el accionar del gobierno en materia de obras públicas se incrementó notablemente a partir de 1934. Entonces empezaron a construirse los barrios obreros, los restaurantes populares, así como el plan de carreteras y nuevas avenidas en Lima y el interior del país. Para 1935 el régimen de Benavides confirmó su intensa política social creando dos ministerios claves: el Ministerio de Educación Pública y el de Salud Pública, Trabajo y Previsión Social. Finalmente, en 1936 se promulga una de las

principales leyes de la década, la que implantó el Seguro Social Obrero.

En su mensaje de diciembre de 1936, Benavides anunció la puesta en marcha del “Plan trienal de caminos”, el cual fue el proyecto de construir 5000 kilómetros de carreteras por todo el país, logrando no solo una mayor comunicación en el interior del territorio, sino generando también trabajo para la clase obrera. Asimismo, se diseñó un plan de construcción de diversos hoteles para turistas en varias provincias, y se implementaron medidas para favorecer el desarrollo de la industria local. En esa línea, la más importante fue la creación del Banco Industrial en 1936, y el mantenimiento de altos aranceles a las importaciones de tejidos¹⁹.

Bajo el lema de “Orden, Paz y Trabajo”, el gobierno de Benavides pareció tener totalmente controlada la situación del país, con el APRA en la clandestinidad y sus principales líderes exiliados, y también con la UR desactivada tras la expulsión de sus dirigentes. Para lograr ese objetivo, no solo bastó ejercer políticas represivas, sino que fue necesario ejecutar acciones concretas que demostraran cómo el Gobierno resolvía las principales carencias y abusos sobre la clase trabajadora. En ese sentido, el populismo de Benavides tuvo un discurso claramente dirigido a los obreros y empleados, resaltando su esfuerzo por el país, y elevando su posición simbólica en la sociedad al afirmar que ellos representaban a la verdadera nacionalidad.

Benavides desarrolló un vasto programa en medidas de bienestar social que le permitieron conectar con diversos sectores populares, y conseguir una popularidad que trascendió en la escena política, convirtiendo a este militar en algo más que un simple general encargado del poder. Fue en base a esa obra desplegada en poco tiempo que Benavides logró construir una legitimidad, la cual le permitió forzar una extensión de su mandato tres años más. Por ello, podemos afirmar que el Perú bajo Benavides no fue una simple dictadura militar, como algunos autores la presentaron, ni tampoco fue un gobierno oligárquico tradicional sin mayores cambios. Fue un régimen liderado por un militar que construyó su legitimidad en base a la concreción de un plan de reformas y beneficios a diversos sectores de la ciudadanía, en

¹⁹ Zárate 1981: 187-201.

términos económicos y sociales. Con el correr de los meses, superó con creces la misión inicial que le fue encomendada —la de reemplazar a Sánchez Cerro—, y se dedicó a desarrollar un accionar que, según nuestra visión, lo acerca al modelo del populismo latinoamericano de esta década.

En conclusión, los años treinta en el Perú no fueron solo caudillos y violencia, sino también la implementación de políticas que se creyeron necesarias, en un momento en el cual se criticó la poca presencia que el Estado había tenido por mucho tiempo. Ahora se quería un “Estado visible”, que realmente se conectara con la población, y la mejor manera de hacerlo fue a través de obras públicas y medidas que ampararan los intereses de los más desprotegidos. De esa manera, también se logró desbaratar los móviles que utilizaron los partidos de masas para concitar el apoyo de la población, permitiendo que el gobierno tuviera una mayor legitimidad a pesar de sus arbitrariedades. Finalmente, este tipo de políticas no podrían ser entendidas sin la influencia que dejó sentir la depresión económica de 1929 en Estados Unidos, no solo por las cuestiones meramente financieras y productivas; sino también por la sensación de desconfianza y descrédito que sufrió el liberalismo imperante desde el siglo XIX. En adelante, este tipo de políticas redistributivas dirigidas desde el Estado serán llamadas populistas, y se aplicarán en distintos gobiernos, civiles y militares, como los del general Juan Velasco Alvarado o durante el primer gobierno de Alan García Pérez.

Conclusiones

A lo largo de este ensayo hemos revisado las principales características de la década de 1930, detallando el por qué de su particularidad en base a la explicación de tres factores. A través de ese desarrollo, llegamos a la conclusión de que en los años treinta confluyeron diversos cambios políticos, económicos y sociales muy significativos, tales como el surgimiento de partidos de masas, la llegada de nuevas ideologías y la crisis global del liberalismo económico y político. Esta confluencia fue determinante en la configuración de una década muy particular, por la continuidad de hechos que marcaron una aceleración de nuestra historia. En otras palabras, en un corto periodo de tiempo se sucedieron una gran cantidad de hechos de gran

impacto, lo cual generó una dinámica distinta a la de las décadas anteriores.

Una de esas características esenciales fue la presencia de elementos polarizantes a lo largo de la década como el accionar de caudillos carismáticos, de los partidos de masas, los conflictos ideológicos, todo lo cual generó un escenario altamente marcado por la violencia. Este alto nivel de polarización se tradujo en el lenguaje utilizado en la prensa y el debate político en general, lo cual denotó una situación de división y rivalidades que llegaron a niveles nunca antes vistos en nuestra historia republicana. A esta situación también contribuyó la tensa realidad política regional y mundial, con hechos como la guerra civil española, el avance del fascismo y las estrategias de infiltración del comunismo internacional.

Bajo ese panorama general, los conflictos sociales y políticos llevaron a una presencia más activa de la Fuerza Armada, siendo dos militares los que gobernaron esta década. De esa manera, los gobiernos trataron de atenuar los reclamos de los sectores populares otorgando una serie de medidas asistencialistas y beneficios colectivos, al mismo tiempo que desarrollaron una relación más cercana y directa con el pueblo. Tal es la esencia de lo que llamamos populismo, el cual fue la respuesta política que varios países latinoamericanos implementaron para combatir los problemas políticos y económicos que los aquejaban.

La violencia, sin lugar a dudas, fue el elemento que atravesó toda esta etapa con momentos de mayor radicalismo, y otros más sosegados. Sin embargo, el estado de tensión permanente será lo más recurrente con los continuos atentados, rebeliones y crímenes que ensombrecieron a toda la sociedad peruana, generando una atmósfera que no se repetirá en la historia peruana hasta la terrible época del terrorismo, cincuenta años después.

Finalmente, el análisis de aquellos tiempos violentos nos permite comprender el origen de fenómenos políticos que caracterizaron las décadas siguientes como el enfrentamiento entre el Ejército y el APRA, la ya mencionada influencia preponderante de los elementos castrenses en la política y la aplicación de políticas populistas como parte de una estrategia de neutralización de los partidos radicales. En ese sentido, un mejor conocimiento de los años treinta contribuye a afinar nuestro entendimiento en torno a hechos de la realidad política y eco-

nómica actual, porque, a fin de cuentas, en el Perú casi siempre solemos repetir nuestra historia.

Bibliografía

- Basadre, Jorge. 1987. *Perú: problema y posibilidad*. Lima: Ediciones Studium.
- 2005. *Historia de la República del Perú (1822-1933)*. Tomo 15: *El comienzo de la irrupción de las masas organizadas en la política (1930-1933)*. Lima: Empresa Editora El Comercio.
- Candela Jiménez, Emilio. 2009. "Entre la incomprensión y el sectarismo: análisis del proceso político de la campaña electoral de 1936". Tesis de Licenciatura en Historia de la PUCP. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Lima. Ms.
- Del Águila, Rafael. 2000. *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Editorial Trotta.
- Eguiguren, Luis Antonio. 1933. *En la selva política para la historia*. Lima: Sanmartí.
- Flores Galindo, Alberto. 1988. *Tiempo de plagas*. Lima: El Caballo Rojo Ediciones.
- Freidenberg, Flavia. 2007. *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Guarda, Manuel César de la. 1938. *Aprismo: cáncer social*. Santiago: Indoamérica.
- Malamud, Carlos. 2003. *El Estado en crisis*. (Historia Contemporánea de América Latina, vol. IV: 1920-1950). Madrid: Editorial Síntesis.
- Masterson, Daniel. 2001. *Fuerza Armada y Sociedad en el Perú moderno: un estudio sobre relaciones civiles militares 1930-2000*. Lima: Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos.
- More, Federico. 1933. *Zoocracia y canibalismo*. Lima: Llamarada.
- Soto Rivera, Roy. 2002. *El hombre del siglo XX*. Tomo I: (1895-1945). Lima: Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre.
- Thorndike, Guillermo. 1973. *El año de la barbarie: Perú 1932*. Lima: Mosca Azul Editores.
- Ugarteche, Pedro. 1969. *Sánchez Cerro. Papeles y recuerdos de un Presidente del Perú*. Tomo III. Lima: Editorial Universitaria.
- Villanueva, Armando y Guillermo Thorndike. 2004. *La gran persecución (1932-1956)*. Lima

Zárate, José. 1981. *El Mariscal Benavides. Su vida y su obra*. Tomo II. Lima.